FLORES EN LA SOMBRA

DINOSAURIOS EN 3D

JUAN BEIRO, 2012

24 JUNIO - 1 JULIO DE 2022 — 12:00 H

FLORES EN LA SOMBRA ES UNA INICIATIVA ONLINE DE FILMOTECA ESPAÑOLA QUE PERMITE ACCEDER DURANTE UN TIEMPO LIMITADO A MATERIALES EXCLUSIVOS



VER AHORA





DINOSAURIOS EN 3D (JUAN BEIRO, 2012)

DISPONIBLE ONLINE
DEL 24 DE JUNIO AL 1 DE JULIO DE 2022 A LAS 12:00 H

VER AHORA

Presentamos esta semana en "Flores en la sombra" uno de los cortos candidatos en los Premios Goya 2012. Entre la evocación y la ironía, los dinosaurios en 3D a los que hace referencia el título son todas aquellas salas de cine monumentales de Madrid que, debido al cambio de hábitos del público y la especulación, ya hace diez años eran una especie en extinción. El periodista Sergio C. Fanjul nos habla en su texto sobre la transformación de las ciudades a partir de la desaparición de los cines, convertidos en bancos, supermercados y boutiques, mientras que el propio director del film, Juan Beiro, escribe sobre las intenciones y el proceso de producción de *Dinosaurios en 3D.*

ESTA SESIÓN INCLUYE:

- ***DINOSAURIOS EN 3D*** (JUAN BEIRO, 2012)

FICHA TÉCNICA *DINOSAURIOS EN 3D*

AÑO: **2012**	GUION: **JUAN BEIRO**
PAÍS: **ESPAÑA**	PRODUCCIÓN: **ZAMPANÒ PRODUCCIONES**
DIRECCIÓN: **JUAN BEIRO**	DURACIÓN: **19 MINUTOS**



LA CIUDAD SIN CINES ES UNA CIUDAD PEOR

SERGIO C. FANJUL
ESCRITOR Y PERIODISTA



Tal vez usted esté en el gimnasio, o en el supermercado, o en el banco, o en el bingo, o en una franquicia textil con dudosa producción en fábricas del sudeste asiático y sienta algo raro, como que el espacio no se ajusta correctamente a la función, como que ha habido reformas y remiendos para encajarlo, o tal vez descubra de pronto una balaustrada demasiado rococó al lado de la sección de calcetines o una marquesina vieja que asoma por detrás de algún cartel que anuncia ofertas irresistibles, precios de saldo, una oportunidad de inversión que nos cambiará la vida o la imagen del cuerpo escultural que se nos promete si somos constantes en las máquinas de *fitness*. ¿Qué pintan ahí esas molduras modernistas tan delicadas si esto es la sección de charcutería? Puede que, de pronto, usted se distraiga de estos pensamientos y sospechas: la señora del fondo ha cantado línea.

A mí me recuerda, libremente, a la novela de terror *La casa de hojas*, de Mark Z. Danielewski, en la que aparece una casa que sufre una grave incoherencia espacial, ya que es más grande por dentro que por fuera. Hay algo ahí que no encaja, de igual manera que hay un misterio arquitectónico en los espacios antes descritos. La novela de terror, el misterio en este caso, es la desaparición de los cines en los centros y los barrios de las ciudades. Donde antes la gente se juntaba para ver películas, ahora hay gimnasios, supermercados, bancos, bingos o franquicias textiles con dudosa producción en fábricas del sudeste asiático. En las grandes ciudades resisten algunos cines, porque hay masa crítica ciudadana para ello, pero en las ciudades medianas o pequeñas los cines han sido completamente borrados de la urbe para trasladarse a las macrosalas de los centros comerciales, que configuran ese modelo de "ciudad encapsulada" donde se segregan los usos: por un lado, las viviendas, por otro lado las oficinas, por otro lado los locales comerciales y los centros de ocio y deporte. Un modelo de ciudad más inhumano y completamente dependiente del vehículo, el que es tan común en Estados Unidos. La figura romántica de los neones en las avenidas principales está en retirada, ocupadas ahora por franquicias clónicas de ropa y de comida rápida.

Los cines urbanos son ahora un lugar para minorías, para cinéfilos, para aquellos que

buscan una experiencia fuera de lo común, para los que anhelan cierta distinción cultural. Si antes ir al cine era un episodio normal en la vida de una persona media, y había quien incluso asistía varias veces por semana, ahora, excepto para los más fieles, ir al cine es una experiencia extraordinaria, que solo se hace un par de veces al año y en momentos muy señalados, como quien va al Aquapark. Los cines han enfrentado diferentes crisis económicas, tecnologías emergentes (la televisión, el vídeo, etc.), una pandemia, pero, finalmente, sucumben a algo más difícil de enfrentar que cualquier crisis: un cambio en la cultura y en las formas de consumir cultura, un profundo cambio en las costumbres de los espectadores, en la forma en las que vemos las películas.

(Inciso: es curioso cómo otra desaparición tratada con nostalgia es la de los videoclubs, con su épica y su lírica, que en su momento también fueron vistos como una amenaza a los cines: fueron los primeros que permitieron que viéramos películas a placer en casa. Delante de sus estantes plagados de carátulas vacías empezamos a sentir aquella insoportable indecisión por qué películas llevarnos a casa. Incluso ser dependiente en un videoclub, conocí a varios, aportaba un plus de capital cultural en ciertos ámbitos).

"La desaparición de las salas es útil al control social. La pérdida de la visión colectiva produce individuos más manipulables. Por eso creo que son importantes lugares de encuentro como cines y teatros", declaró el director de fotografía Luca Bigazzi, habitual colaborador de Paolo Sorrentino, al periodista Tommaso Koch en *El País*. No es la única voz que se levanta para reivindicar los espacios donde se junta la





ciudadanía para crear comunidad, ya sea un cine, un parque, un centro deportivo o una biblioteca pública, lo que el sociólogo Eric Klinenberg denomina "palacios del pueblo" (en puridad, un cine, donde se paga una entrada a una empresa privada no entraría en la categoría de infraestructura social, pero destaquemos aquí su faceta de posibilitador de las actividades compartidas).

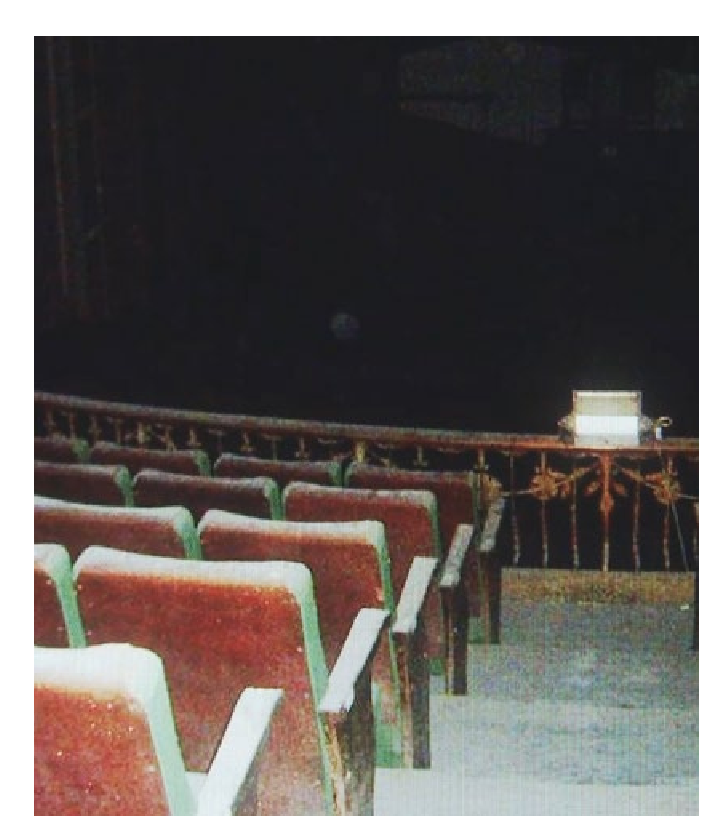
La sociedad cada vez se caracteriza más por su individualismo, un individualismo todavía más exacerbado después de la pandemia, donde aprendimos a hacer cualquier cosa sin salir de casa con el poderoso aliado de la tecnología. No solo podemos ver películas en las plataformas audiovisuales, sino que podemos hacer compras, hablar con los amigos, jugar a videojuegos *online* o teletrabajar, para bien o para mal: los tiempos venideros no son tiempos para el roce con los otros, pero es el roce el que hace el cariño del pegamento social.

La tecnología nos va despojando de ceremonias y rituales. Así pasa con la música, que ya no es aquel objeto de deseo que rebuscábamos en tiendas de discos, que imaginábamos mientras acariciábamos la portada de un vinilo y ahorrábamos para comprarlo, que grabábamos de los amigos en casetes, sino un aluvión de oferta prácticamente gratuita que nos abruma hasta dejarnos paralizados, incapaces de disfrutarla. Algo similar pasa con las películas cuando ya no es necesario moverse de casa y cumplir con el ritual de la sala oscura, nos vemos también abrumados por la oferta (la búsqueda de contenidos en una plataforma ya es un contenido en sí mismo) y acabamos viendo los filmes en el *smartphone*, con auriculares, en el tedioso trayecto de metro hasta el trabajo (es el infierno que atormenta a los cineastas en sus peores pesadillas, el peor de los mundos posibles).

La desaparición de los cines es solo uno de los fenómenos asociados al proceso que algunos urbanistas han calificado como la destrucción de la ciudad, si es que entendemos la ciudad como un lugar para la vida y la convivencia de los ciudadanos, en el que se mezclan armoniosamente sus múltiples funciones: la de lugar para vivir, la de lugar para trabajar y la de lugar para disfrutar. Hoy el centro de las ciudades, no tanto su periferia, se va convirtiendo en el monocultivo del turismo y del espectáculo destinado a colocar la marca de la ciudad en una buena posición dentro de la competición planetaria de ciudades globales. Es decir, un lugar destinado al único disfrute de los visitantes y consagrado al beneficio de aquellos que se han apropiado de la urbe para ordeñarla hasta dejarla seca ●

ESPACIOS DESAPARECIDOS

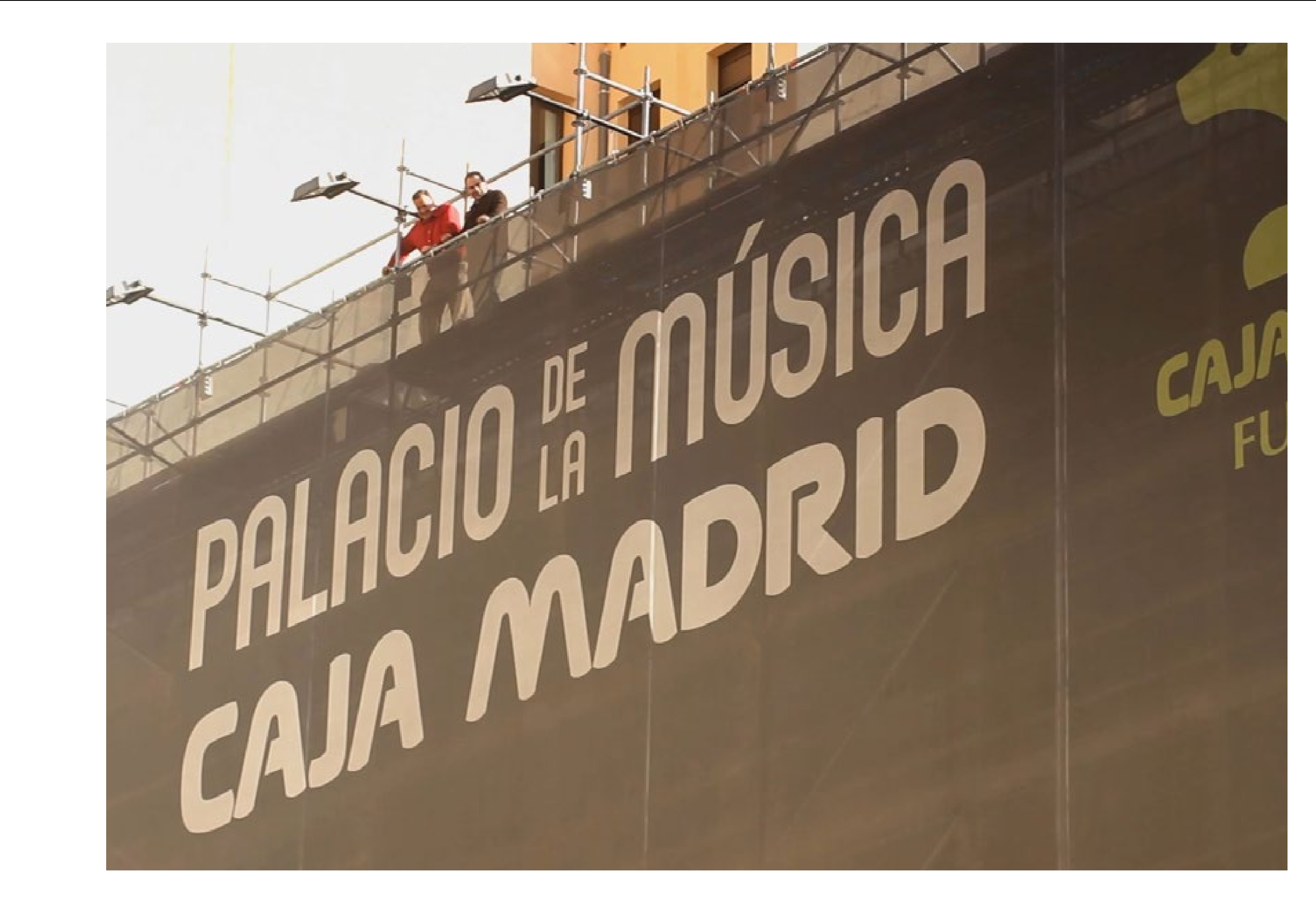
JUAN BEIRO
CINEASTA



Llevo media existencia viviendo en Madrid, pero soy coruñés de nacimiento y allí viví toda mi adolescencia. En A Coruña nació por tanto mi interés por el cine y allí tuve mis primeras experiencias como espectador. Eran cines pequeños, pero con encanto. O bien eran las salas clásicas que durante décadas habían triunfado en el centro histórico de la ciudad, y que ahora resistían tras haberse convertido en multicines; o bien eran los pequeños cines de barrio que durante los años 60 y 70 se habían levantado en los barrios obreros de la ciudad y que, como coches escoba, recogían los grandes títulos de la cartelera semanas después de su estreno en las salas del centro. En todos esos cines vi muchas de esas películas que son básicas en la "educación sentimental" de un niño nacido a finales de los setenta, principios de los ochenta. No digo títulos, porque todos sabemos a qué películas me refiero.

Durante mis primeros años viviendo en Madrid, cada vez que volvía a A Coruña descubría que había un cine menos. Y fue un fenómeno rápido. A los pocos años ya no quedaba abierta ninguna de las salas que habían ayudado a forjar mi pasión por el cine. La mayor parte de estas salas se había convertido en supermercados o locales de "ropa rápida". Una de estas tiendas de ropa, que forma parte de un gran conglomerado textil también nacido en A Coruña, aún guardaba en su interior parte de las molduras del antiguo cine que era antes. Incluso un gran mural de *leds*, que adornaba una de sus paredes, conmemoraba a su manera que ahí colgó durante décadas la gran tela blanca de una pantalla. También algún detalle en el exterior del señorial edificio atestiguaba (al menos para las personas que aún recordaran el antiguo uso que había tenido antes ese local) que, años atrás, ahí se encontraba el Cine París. Curiosamente, a día de hoy el Cine París vuelve a estar vacío: el importante grupo textil coruñés ha cerrado su tienda y abandonado el local. Un nuevo "dinosaurio en 3D" en la calle más principal de A Coruña.

Este fenómeno empezó a replicarse también en Madrid. Aún recuerdo el impacto que me produjo mi primer paseo por la Gran Vía. Era el verano de 1996 y esa gran calle gritaba cine por todas partes. Supongo que el impacto que puede causar la Gran Vía a alguien que la visita por primera vez a día de hoy se mantiene, pero desde luego ya no es



"cine" lo que grita esa calle... a pesar de que está repleta de edificios y salas que, a poco que uno se fije en sus techos y paredes, remiten fácilmente a sus antiguos usos. Son unos remanentes de unas vidas pasadas que tuvo la Gran Vía y que permanecerán ahí hasta que el local que ahora los alberga también cierre, o una nueva remodelación de los edificios los destruya para siempre. El ciclo capitalista de la vida.

En 2012, el capitalismo ya nos había enseñado lo rápido y crueles que pueden ser sus ciclos. Con la crisis económica haciendo aún daño en los hogares españoles, en las calles proliferaban los locales cerrados. Muchos de ellos, salas de cine. En el centro de la ciudad abundaban los cines cerrados, grandes moles arquitectónicas abandonadas a su suerte. Eran como enormes dinosaurios heridos que agonizaban en medio de la ciudad: restos de otra época cuya existencia ya no parecía tener mucho sentido en la nueva era que estaba a punto de comenzar. De ahí surgió la idea de hacer un pequeño documental que registrara ese momento: así nació *Dinosaurios en 3D*.

En un principio, la idea del documental era entrar en estos espacios abandonados y registrar los rincones de su interior: documentarlos antes de que se convirtieran en ruinas o de que fueran transformados o demolidos. Sin embargo, pronto nos encontramos con la barrera infranqueable del sector inmobiliario de Madrid: un mundo que se nos presentó lleno de secretos, medias verdades, puertas cerradas y caminos que no llevaban a ninguna parte. Ninguno de los propietarios de estos cines abandonados nos permitió grabar sus interiores: en cuanto le comentábamos nuestras intenciones, la llamada telefónica dejaba de interesarles. Supongo que nadie quiere que se deje en evidencia las miserias que se guardan de puertas para adentro.

ESPACIOS DESAPARECIDOS

JUAN BEIRO

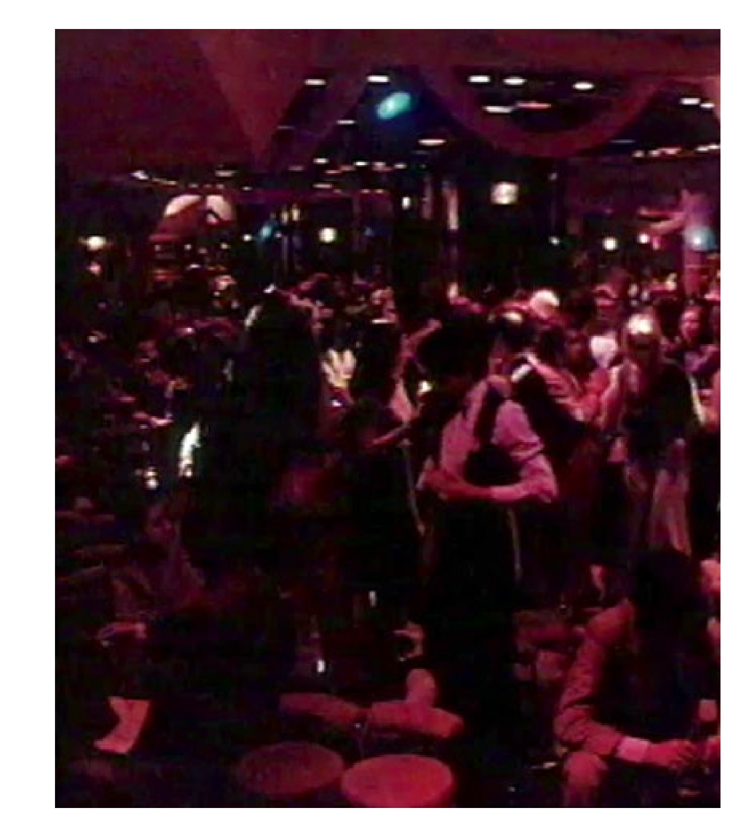


Así que nos tuvimos que conformar con las que se mostraban de puertas para afuera: lo que esos espacios abandonados nos mostraban de sí mismos cuando los observábamos desde la calle. Sin pretenderlo, este ajuste en la forma inicial que pretendíamos para el documental nos ofreció a cambio una de las pocas virtudes que yo, siempre tan crítico con lo que hago, creo que conserva el cortometraje diez años después de su grabación: ver cómo conviven estos espacios vacíos y abandonados con los ritmos frenéticos e inagotables de una ciudad como Madrid. Rincones moribundos… rodeados de tanta vida.

Y así, un cortometraje que pretendía utilizar los testimonios de los propietarios de esos edificios abandonados, se convirtió en otra cosa: una especie de "diario ensayo" que, además de retratar ese crítico momento que vivía la exhibición cinematográfica en 2012, también mostraba parte del tortuoso camino que suponía hacer un documental sobre ese tema. Convertir las dificultades y los problemas del proceso creativo en parte del discurso.

Al ir cambiando poco a poco el enfoque del cortometraje, pude introducir también uno de los temas que a mí más me interesan cuando paseo por una ciudad: ver los restos del pasado que aún permanecen en los edificios y que nos dejan adivinar a qué se dedicaban antes esos espacios. Es lo que contaba antes del antiguo Cine París en A Coruña: las molduras y balaustradas de su interior, que se habían quedado congeladas en el tiempo, y estaban ahora rodeadas de camisetas de a cinco euros, dejaban adivinar qué era lo que se hacía años atrás en ese mismo espacio. Así que me hice un listado de cines desaparecidos de Madrid y durante días recorrí toda la ciudad para ver a qué se dedicaban ahora esos locales y, sobre todo, si en esos espacios todavía quedaban restos que indicaran que antes ahí había un cine. Como queda reflejado en el cortometraje, lo que descubrí es que muchas de esas salas de cine desaparecidas eran en 2012 oficinas de bancos, supermercados y, sobre todo, tiendas de "ropa rápida", casi todas ellas pertenecientes al importante grupo empresarial textil nacido en A Coruña y que también había transformado al Cine París que, sin pretenderlo, se convirtió en el origen indirecto de este documental.

Los años han pasado desde la grabación de *Dinosaurios en 3D* y siempre hemos bromeado con la idea de que se podría hacer una segunda parte. Primero, porque hay nuevos cines abandonados. Y, segundo, y más importante todavía, porque muchos de los cines abandonados que se muestran en el cortometraje ya no lo están a día de hoy. Ya no son *Dinosaurios en 3D*, ahora son otra cosa. Nada muy innovador, porque casi todos son ahora supermercados o tiendas de ropa. Por lo tanto, otro de los pocos valores que tiene este cortometraje es que ha dejado retratado para siempre cómo era ese rincón de Madrid una tarde del invierno de 2012… algo que ya nunca se va a poder repetir, porque ahora ese local ya es otra cosa, vive otra realidad. Ya no está abandonado.



Viendo yo ahora *Dinosaurios en 3D*, diez años después de su grabación, pienso que quizás planteaba la situación que estaba viviendo la exhibición cinematográfica con un derrotismo algo exagerado. Diez años más tarde, las salas de cine siguen existiendo, incluso después de toda una pandemia y de la proliferación de plataformas de contenido. Justo el día en el que escribo este texto se publican los datos del Censo de Salas de Cine, que aseguran que el número de salas de cine activas ha aumentado con respecto a años anteriores, recuperando los niveles de prepandemia y alcanzando cifras que marcan un máximo desde 2014. Es decir, ese futuro trágico que parecían dar a entender las imágenes del cortometraje quizás era demasiado excesivo. Pero, aunque las cifras sean esas, y transmitan cierta esperanza, yo, que sigo siendo asiduo consumidor de películas en salas de cine, llevo años observando que, aunque el tiempo pase por mí con crueldad… sigo siendo de las personas más jóvenes sentadas en la sala, esperando a que la película comience. ¿Dónde está el relevo generacional? Quizás ahora los *Dinosaurios en 3D* seamos los espectadores que seguimos yendo a las salas de cine.

Una última reflexión: muchas de las oficinas bancarias que aparecen en el cortometraje, ocupando en 2012 un espacio que antes correspondía a una sala de cine, en 2022 están cerradas o abandonadas. Quizás son estas "sucursales bancarias que hoy ya no lo son" las que merecen ahora su propio documental. Una vez más, son los ritmos económicos los que definen la fisonomía de nuestras ciudades •

FLORES EN LA SOMBRA

FLORES EN LA SOMBRA FLORES EN LA SOMBRA FLORES EN LA SOMBRA FLORES EN LA SOMBRA FLOR











instagram.com/filmotecaes

vimeo.com/filmotecaespanola

filmotecaespañola.es

FLORES EN LA SOMBRA FLORES EN LA SOMBRA FLORES EN LA SOMBRA FLORES EN LA SOMBRA FLORES EN LA SOMBRA FLOR